



MI VIDA
AHORA

MEG ROSSOFF
PREMIO ASTRID LINDGREN

Mi vida ahora

Meg Rosoff

Traducción de Xohana Bastida



Primera edición: octubre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación gráfica: Lara Peces

Cubierta: Marta Mesa

Título original: *How I Live Now*

Traducción: Xohana Bastida

© Meg Rosoff, 2004

© Ediciones SM, 2016

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9076-0

Depósito legal: M-29834-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Debby.

Parte primera

1

Mi nombre es Elizabeth, pero nunca me ha llamado nadie así. Supongo que mi padre me echó un vistazo cuando nací y debió de pensar que tenía cara de persona circunspecta y triste como una reina antigua o una muerta; pero al final salí bastante normalita, más bien poca cosa. Incluso mi vida ha sido bastante anodina hasta ahora. Más digna de una Daisy que de una Elizabeth, ya desde el mismísimo comienzo.

Pero el verano en que fui a Inglaterra para pasar las vacaciones con mis primos, todo cambió. En parte fue por la guerra, que en teoría truncó un montón de cosas, pero la verdad es que no recuerdo muy bien cómo era la vida antes de la guerra, de modo que eso no cuenta mucho en mi libro. Que es este, por cierto.

Las cosas cambiaron por Edmond, sobre todo.

Así que esto es lo que pasó.

Estoy bajando de un avión –ya contaré más tarde por qué–, entro en el aeropuerto de Londres y miro a mi alrededor en busca de una mujer de unos cuarenta años que solo conozco por fotos y que es mi tía Penn. Las fotos son antiguas, pero da la impresión de ser una de esas mujeres que llevan siempre collares grandes y zapatos planos, y tal vez un vestido estrecho de color negro o gris. Pero la verdad es que eso lo supongo, porque en las fotos solo se veía su cara.

En fin, el caso es que miro y miro; la gente se va marchando y mi teléfono no tiene cobertura, y pienso: «Vale, estupendo, me van a abandonar en el aeropuerto, este es el segundo país en el que no me quieren ni ver», cuando me doy cuenta de que ha salido todo el mundo menos un chaval que se me acerca y me dice: «Tú debes de ser Daisy». Y al ver mi cara de alivio, a él también se le pone cara de alivio y dice: «Yo soy Edmond».

«Hola, Edmond –le digo–, encantada de conocerte», y me lo quedo mirando con atención para hacerme una idea de cómo puede ser mi nueva vida junto a mis primos.

Dejadme que os explique cómo es Edmond antes de que se me olvide hacerlo: porque no es exactamente un chaval de catorce años típico, empezando por el CIGARRO y siguiendo por ese pelo que parece haberse cortado él mismo con

un serrucho de noche y sin luz; pero aparte de eso, es exactamente como un chuchó, uno de esos que ves en la perrera y que te miran con una cara entre amistosa y esperanzada y te plantan el morro en la mano en cuanto te acercas, con una especie de dignidad instintiva, y desde ese mismo momento sabes que te lo vas a llevar a casa. Ese es Edmond.

Solo que fue él quien me llevó a casa a mí.

«Deja que te lleve la maleta», me dijo, y aunque mide como medio kilómetro menos que yo y tiene los brazos tan finos como una pata de perro, va y agarra la maleta, y yo tiro de ella y le digo: «¿Dónde está tu madre? ¿En el coche?».

Y él sonríe dando una calada al cigarro, lo que mola bastante –aunque sé perfectamente que el tabaco mata y todas esas cosas–, pero se me ocurre pensar que lo mismo todos los chicos ingleses de catorce años fuman. Así que no digo nada, porque a lo mejor es *vox populi* que la gente empieza a fumar en Inglaterra a los doce años y si yo digo algo puedo hacer el ridículo cuando no llevo aquí ni cinco minutos. Edmond sonríe y me dice: «Mamá no ha podido venir al aeropuerto porque está trabajando y puede asesinar a quien la interrumpa mientras trabaja, y todos los demás tenían cosas que hacer, de modo que he venido yo solo en el coche».

Entonces sí que le miré con cara rara.

«¿Has venido tú solo en el coche? ¿Tú solo? ¿En el coche? Sí, claro, y yo soy la secretaria particular de la duquesa de Panamá».

Y entonces se encogió de hombros ladeando la cabeza con un gesto como de perrillo callejero; me señaló un todo terreno negro que se caía a trozos y abrió la puerta metiendo la mano por la ventanilla, que estaba abierta. Tiró mi maleta en la parte de atrás –o, mejor dicho, la arrastró hasta

la parte de atrás, porque pesaba un quintal-, y luego me dijo: «Monta, prima Daisy». Y como no se me ocurría qué otra cosa hacer, monté.

Y cuando aún estoy intentando asimilarlo, Edmond gira el volante y, en vez de seguir las flechas en las que pone *Salida*, se mete por un sitio donde pone *Prohibido pasar* y, por supuesto, pasa tan tranquilo; se mete a la izquierda, cruza una especie de zanja y, ¡zas!, ya estamos en la autopista.

«Cobran trece libras y media por aparcar una hora aquí, ¿te lo puedes creer?», me dice.

Para ser sincera, no creo que esto esté pasando, no puede ser que esté en un coche que va por el lado izquierdo de la carretera conducido por un chaval escuálido que fuma un cigarro; y la verdad, quién no pensaría que Inglaterra es un lugar de lo más extraño.

Y entonces Edmond volvió a mirarme con aquella rara expresión perruna que tenía y me dijo: «Ya te acostumbrarás». Lo que también era extraño, porque yo no había dicho nada.

Me quedé dormida en el todoterreno porque su casa estaba bastante lejos y, además, ir en coche por la autopista siempre me da ganas de cerrar los ojos. Y cuando volví a abrirlos había un comité de bienvenida observándome atentamente por la ventanilla, compuesto por cuatro chavales, una cabra y un par de perros que se llamaban Jet y Gin, según supe más tarde; y por detrás se veían unos cuantos gatos persiguiendo a unos patos que estaban en el césped no sé por qué.

Durante un rato me alegré mucho de tener quince años y ser de Nueva York, porque aunque no he llegado a verlo absolutamente todo, la verdad es que he visto mucho y tengo una de las mejores caras de «Ah, Sí, Esto Viene a Ser Lo Que Hago Yo Todos Los Días» de toda mi pandilla. Así que puse esa cara –aunque la verdad es que todo aquello me estaba tomando bastante por sorpresa– porque no quería que pensarán que las chicas de Nueva York no somos al menos tan guais como los chavales ingleses que viven en caserones antiguos y tienen cabras y perros y todas esas cosas.

La tía Penn seguía sin aparecer, pero Edmond me presentó al resto de mis primos, que se llaman Isaac, Osbert y Piper, unos nombres sobre los que no voy a hacer comen-

tarios. Isaac y Edmond son gemelos y tienen exactamente el mismo aspecto, solo que los ojos de Isaac son verdes y los de Edmond son del mismo color del cielo, que en ese momento estaba gris. Al principio la que más me gustó fue Piper, porque lo primero que hizo fue mirarme a los ojos y decir: «Estamos muy contentos de que hayas venido, Elizabeth».

«Daisy», le corregí yo, y ella asintió con un gesto tan solemne que estuve segura de que se acordaría.

Isaac cogió mi maleta para llevarla adentro, pero Osbert, que es el mayor, se la quitó con cara de superioridad y desapareció en la casa con ella.

Antes de que os cuente lo que pasó luego, tengo que hablaros de la casa, aunque es prácticamente imposible de describir si los únicos sitios en los que has vivido antes son apartamentos en Nueva York.

En primer lugar quiero dejar claro que la casa está hecha polvo, pero eso no le quita absolutamente ningún encanto, no sé por qué. Está hecha con grandes trozos de piedra amarillenta, tiene el techo empinado y forma una especie de L alrededor de un patio grande con el suelo lleno de guijarros gordos. El lado corto de la L, que tiene un porche muy amplio con un arco en la parte de arriba, era antes el establo, pero ahora es una cocina enorme con el suelo de ladrillo en zig-zag, ventanas enormes en el lado de la fachada y un portón que está siempre abierto «menos cuando nieva», según Edmond.

Por la fachada de la casa trepa una parra con un tronco tan gordo que debe de tener más de cien años, pero todavía no tiene flores, supongo que aún no es la época. En la parte de atrás, subiendo unos cuantos escalones de piedra, hay

un jardín cuadrado rodeado por un muro alto de ladrillo, y ahí sí que hay toneladas de plantas empezando a florecer en todos los tonos del blanco. En una esquina hay un ángel de piedra muy gastada del tamaño de un niño, con las alas plegadas, y Piper me dijo que era un niño que había vivido en la casa hacía siglos y que lo habían enterrado debajo.

Más tarde tuve un rato para explorar la casa y descubrí que por dentro es aún más caótica que por fuera: está llena de pasillos extraños que no llevan a ninguna parte y habitaciones minúsculas con el techo inclinado escondidas en la parte de arriba. Las escaleras crujen cada vez que las pisas, no hay cortinas en ninguna ventana y los salones son inmensos para lo que estoy acostumbrada, y todo está lleno de muebles viejos pero cómodos; y también hay cuadros, estanterías con libros y chimeneas enormes en las que quepo de pie. Y para que no quede duda de que esto es el Viejo Mundo (o sea, Europa), hay animales por todas partes.

Los cuartos de baño también resultan bastante del Viejo Mundo, aunque tal vez sea más adecuado decir que son verdaderas antiguallas, y hacen un ruido horrible cada vez que una quiere hacer algo privado.

Detrás de la casa hay un montón de campos de cultivo: algunos parecen prados, y otros están llenos de unas plantas con flores de color amarillo limón que están empezando a abrirse. Edmond dice que son nabos y que sirven para hacer guisados y echarlos en el caldo, pero yo no he comido un nabo en mi vida y las únicas veces que he oído la palabra era para referirse a una cosa que no voy a escribir ahora y que no sirve precisamente para comer.

Hay un señor que viene a cultivar los campos porque tía Penn siempre está ocupada haciendo «Cosas Importantes

Para el Proceso de Paz», y de todas formas Edmond dice que no tiene ni idea de cómo llevar una granja. Pero sí que tiene en casa ovejas y cabras y gatos y perros y gallinas «Para Decorar», como dice Osbert con tono más bien despectivo; y os diré que empieza a darme la impresión de que es el primo que más se parece a la gente que conozco en Nueva York.

Edmond, Piper, Isaac y Osbert, Jet y Gin (que son los dos perros blancos y negros) y un montón de gatos entraron en la cocina delante de mí y se sentaron, algunos junto a una mesa de madera y otros debajo, y uno de mis primos hizo té y luego todos se me quedaron mirando como si yo fuera algún espécimen raro que les hubieran mandado del zoo. Y me hicieron un montón de preguntas, pero de forma mucho más educada de lo que lo habrían hecho mis conocidos de Nueva York –donde, por cierto, unos niños como ellos se habrían quedado esperando a que llegara algún adulto en plan «¿cómo-están-ustedes?-bieeen», nos pusiera un plato de galletas de chocolate y nos hiciera decir nuestros nombres.

Al cabo de un rato empecé a estar grogui y pensé: «Madre mía, cómo me gustaría beber un vaso de agua helada para aclararme la mente», y cuando levanté los ojos vi a Edmond delante de mí ofreciéndome un vaso lleno de agua con cubitos de hielo y mirándome con aquella expresión que no llegaba a ser una sonrisa, pero casi. Y aunque en aquel momento no le di mucha importancia, me di cuenta de que Isaac le miraba con cara rara.

Luego, Osbert se levantó y se fue. Tenía dieciséis años, lo que le convertía en el mayor de todos, porque yo tengo quince, no sé si lo he dicho antes. Piper me preguntó si

quería ir a ver los animales o prefería echarme un rato, y yo contesté que prefería echarme, porque ya antes de irme de Nueva York había estado durmiendo más bien poquísimo. Ella puso cara de desilusión, pero solo le duró un segundo; y como yo estaba demasiado cansada para ser cortés, la verdad es que no me importó mucho.

Así que me llevó a una habitación del piso de arriba que parecía la celda de un monje, bastante pequeña y desnuda, con los muros blancos e irregulares en vez de lisos como las paredes de una casa nueva, y con una ventana enorme dividida en un montón de cristales gruesos de color amarillo y verde. Debajo de la cama había un gatito con el pelo a rayas y sobre la cómoda había una botella vieja con un manojo de narcisos. Y de repente aquella habitación me pareció el sitio más seguro en el que había estado en mi vida (lo que indica lo muy equivocados que podemos estar a veces, pero ya estoy adelantándome otra vez a los acontecimientos).

Colocamos mi maleta en una esquina y luego Piper trajo un montón de mantas viejas y dijo tímidamente que las habían hecho hacía mucho tiempo con lana de las ovejas de la granja, y que las negras eran de ese color porque estaban hechas con lana de oveja negra.

Yo me tiré en la cama, me tapé hasta más arriba de la cabeza con una manta de oveja negra, cerré los ojos y sentí que llevaba siglos viviendo en aquella casa; y no sé por qué sentí aquello, pero tal vez fuera simplemente porque me gustaba.

Y luego me quedé dormida.